

**Fantasmagoría**

**Por**

**Lewis Carroll**

***Freeditorial*** 

## Canto I

### El encuentro

Noche invernal, las nueve y media: helado,  
harto, enlodado, exhausto,  
vuelvo a casa. La cena ya ha pasado,  
mas en mi estudio, con su vino y puros,  
me espera un buen bocado.

Entro y algo percibo que me inquieta.

En un ángulo oscuro  
veo una trémula y blanca silueta:  
«La criada ha dejado ahí la escoba  
—pensé— de la moqueta».

Pero hete aquí que aquel extraño ente  
tiritita y estornuda,

y al verlo grito yo: «¿Qué es esto? ¡Tente!  
¡Más consideración! ¡Te lo suplico,  
no seas tan estridente!».

Me replicó: «Perdona el estornudo.

Me he resfriado ahí fuera».

Fijé la vista con asombro mudo  
y vi ante mí, con ojos dilatados,  
a un fantasma menudo.

En viéndome tembló y tras un asiento  
se escondió presuroso.

«¿Cómo has entrado? ¿Qué es este portento?

Deja ya de temblar —dije—; me cansa  
tanto estremecimiento».

«El cómo y el porqué de mi presencia

te contaré gustoso,  
aunque —añadió con una reverencia—  
te veo tan airado, que no creo  
que escuches con paciencia.  
Y, por lo que respecta a mi temor,  
has de saber que a un trasgo  
le asusta de la luz el resplandor,  
del mismo modo que a un humano espanta  
de la noche el color».  
«Un trasgo —respondí— nunca se asusta.  
No hay disculpa que valga,  
pues al mortal visita cuando gusta,  
mientras que a éste escapar no le es posible  
de su figura adusta».  
«No me creas —repuso— melindroso  
por mostrar cierta alarma.  
Pensé de veras que eras peligroso.  
Te diré a lo que vine, ahora que veo  
que no eres picajoso.  
Solemos un hogar clasificar  
en función de la cifra  
de espíritus que puede cobijar  
(y al dueño lo contamos por su peso,  
cual parte del ajuar).  
Es “unifantasmal” esta mansión.  
Cuando aquí te mudaste,  
¿no te llamó un espectro la atención  
que hizo cuanto debió por festejar  
tu nueva instalación?  
En una casa aislada, aunque barata,

solemos así hacer,  
puesto que, al ser la estancia menos grata  
para un trasgo señero y sin vecinos,  
de que esté bien se trata.  
Aquel espectro se marchó un buen día,  
dejándote tranquilo.  
Como de su brevísima estadía  
nada dijo, tardamos en saber  
que otro se requería.  
Cuando hay vacantes, el primer propuesto  
por ley es un espectro;  
y luego van (los cito por su puesto):  
un fantasma, un duende, un elfo, un tardo  
o un gul (si es bien dispuesto).  
No agradó a los espectros tu mansión  
ni el sabor de tus vinos  
y, al ser para un fantasma esta misión,  
como era yo el primero de la lista,  
no tuve más opción».  
«Es posible que fueras el mejor  
que pudieran mandarme,  
pero a un crío escoger para un señor  
de cuarenta y dos años no es —le dije—  
hacerme gran honor».  
«Has de saber que no soy tan pequeño  
—replicó— como piensas.  
En más de un antro oscuro y ribereño,  
y en otros mil lugares, me he entrenado  
con grandísimo empeño.  
Mas hoy por vez primera mis desmanes

perpetro en una casa.  
¡Qué nervios! He olvidado en mis afanes  
las Cinco Sabias Reglas de Etiqueta,  
precisas cual refranes».  
Sentí un creciente apego inesperado  
por aquel fantasmilla.  
¡Estaba tan confuso y azorado  
de haberse al fin, después de tanto tiempo,  
con un mortal topado!  
«Me agrada —dije— haber averiguado  
que un trasgo no es un zote.  
Siéntate, por favor. Si no has cenado,  
sin duda tendrás ganas, como yo,  
de probar un bocado,  
por más que tu apariencia haga dudar  
de que ingieras comida.  
Y luego tendré gusto en escuchar  
las Cinco Sabias Reglas de Etiqueta  
que acabas de citar».  
«¡Gracias! Te las diré dentro de un rato.  
¡Hoy sí que estoy de suerte!».  
«¿Qué te puedo ofrecer?». Y le di un plato.  
«Ya que eres tan amable, probaría  
un poco de ese pato.  
Sólo una loncha. Y, si no te es gravoso,  
un poco más de salsa».  
Sentéme y lo miré con pasmo ansioso,  
pues en verdad jamás había visto  
nada tan vaporoso.  
Y su trémula y blanca silueta,

a la luz vacilante,  
parecía aún más tenue y más discreta,  
según se disponía a recitarme  
sus «Reglas de Etiqueta».

## **Canto II**

### **Sus cinco reglas**

«Empiezo por decirte la Primera.

Cuando duerma tu Víctima,  
de su cama colócate a la vera  
y agarra las cortinas por el centro,  
no por la cabecera.

Sacúdelas entonces lentamente  
al tiempo que las corres.

Al cabo de un minuto, ciertamente  
verás que se incorpora y mira en torno  
con ojos de demente.

Hacer no debes el menor conato  
de empezar a hablar tú.

Que la Víctima inicie el alegato.  
Jamás toma primero la palabra  
un fantasma sensato.

Si le da por decir: “¿Cómo has entrado?”

(que es lo que tú dijiste),

lo que has de replicarle está indicado.

A lomos de un murciélago, amiguito  
es lo más acertado.

Si tras esto escuchar queda callado,

has de abreviar tu intento.  
Ve y sacude la puerta con enfado  
y, si entonces empieza a dar ronquidos,  
sabrás que has fracasado.  
De día, si lo encuentras recluido  
en casa, o de paseo,  
límitate a lanzar un buen gemido,  
indicador del tono para hablar  
que tengas elegido.  
Pero, si ves que tiene compañía,  
la cosa es más difícil.  
Si quieres dar remate a tu porfía,  
consigue mantequilla en la despensa  
o cabos de bujía.  
Un buen resbaladero has de agenciarte  
con lo dicho, o con sebo,  
y sobre él ágilmente deslizarte,  
meciéndote al pasar de lado a lado.  
Es fácil este arte.  
La Segunda nos dice cómo obrar  
en plan ceremonioso:  
“Un fuego azul o carmesí alumbrar  
(algo, por cierto, que olvidé esta noche)  
y la puerta arañar”».  
«Ésta será tu última visita  
—dije— si haces tal cosa.  
¡Prender hogueras en mi suelo! ¡Quita!  
Y en cuanto a eso de arañar la puerta,  
¡ya verás si me irrita!».  
«La Tercera declara necesaria

la equidad con la Víctima.

Así reza su letra lapidaria:

“Mostrarle gran respeto y para nada  
llevarle la contraria”».

«Cosa es ésta palmaria y evidente  
—dije— para cualquiera.

Tal máxima sería conveniente  
que algunos tragos que yo sé aplicaran  
de modo más frecuente».

«Tal vez —repuso— fuiste tú el primero  
que no cumplió las leyes  
de la hospitalidad. Odio sincero  
nos causa el hombre que a su huésped trata  
sin el debido esmero.

Si te da por llamar a un trago “Objeto”  
o con un hacha darle,  
permitido le está por Real Decreto,  
dejando aparte toda ceremonia,  
tundirte el esqueleto.

La Cuarta impide entrar donde instalados  
estén otros espíritus.

Salvo perdón real, los declarados  
culpables de este crimen han de ser  
sin más despedazados.

Para un trago no es esto fastidioso:  
presto se recompone;  
y el trocear no es nada doloroso,  
no más de lo que es que te “haga trizas”  
un crítico envidioso.

La Quinta pienso que será mejor

citarte por entero:  
“Tiene el rey tratamiento de ‘Señor’;  
esto de un simple cortesano exige  
de la ley el rigor.  
Mas si quieres dar muestras de total  
y plena cortesía,  
has de llamarle así: ‘Duende Real’  
y responderle siempre de este modo:  
‘Majestad Espectral’”.  
Con este afán de ser tan elocuente  
me estoy poniendo ronco.  
Así que, si no ves inconveniente,  
un vaso probaré de esa cerveza,  
que parece excelente».

### **Canto III**

#### **Escaramuzas**

«¿Y en noche tan ruin —dije— y oscura  
vas por ahí caminando?  
Siempre creí que un trasgo con holgura  
volar podía, cuando no en el cielo,  
sí a fantástica altura».  
«Bien les está a los reyes ascender  
por cima de la tierra,  
mas un fantasma sigue el parecer  
de que las alas dan, cual muchos goces,  
más coste que placer.  
Al ser rico un espectro, le es posible

comprarse alas de elfo,  
pero andar nos parece preferible,  
por ser la compañía de un espectro  
muy poco apetecible.  
Pues dice que de orgullo no da signo,  
pero trata al fantasma  
cual si ni de desprecio fuera digno,  
igual que un pavo considera a un gallo  
de su atención indigno».

«Su orgullo les impide frecuentar  
casas como la mía  
—dije—. ¿Cómo lograron indagar  
que era mi hogar humilde, y mi bodega  
de poco paladar?».

«El inspector Kobold a visitarte  
vino...», dijo el fantasma.

Le interrumpí: «¿Inspector? ¿Cómo? Ese arte  
de inspeccionar fantasmas no conozco.

¿Podrías explicarte?».

«Kobold se llama —dijo mi invitado—  
y es su rango de espectro.

Éste es su atuendo más acostumbrado:  
casaca carmesí, túnica gualda  
y bonetillo orlado.

Brocken solía animar con su presencia,  
pero allí cogió frío.

Vino a Inglaterra en busca de asistencia  
y aquí aquel frío, convertido en sed,  
le amarga la existencia.

Dicen que el buen oporto regocija

sus ya cansados huesos.

En las confiterías se cobija  
y por esta afición es conocido  
como el inspectorrija».

Aguanté, aguanté como un valiente  
aquel crispante ingenio,  
y mi disposición siguió excelente  
y se mantuvo tal hasta que el trago  
se mostró más hiriente:

«Si no es mucho pedir, sería mejor  
decirle al cocinero

que un plato ha de tener algún sabor.

¿No podrían estar las vinagreras  
más cerca, por favor?

Tu mozo una carrera poco airosa  
haría en una fonda.

¿De veras está ardiendo aquella cosa?

(No puedo llamar lámpara a una luz  
tan poco luminosa).

El pato estaba tierno; los guisantes,  
en cambio, un poco duros.

Y por favor: recuerda a esos tunantes  
que si te han de mandar queso a la plancha  
te lo calienten antes.

El pan tendría mucho más sabor  
si usaran otra harina.

¿Puedo pedirte acaso otro licor  
que a la tinta recuerde un poco menos  
y sepa algo mejor?».

Luego en torno miró con atención

y murmuró: «¡Dios mío!  
Mal concebida está tu habitación.  
No es cómoda ni es amplia: es poco práctica  
su extraña dimensión.  
Esa estrecha ventana está ahí por mor  
de que entren las tinieblas».  
«Considera —le dije—, por favor,  
que es su diseñador un arquitecto  
de Ruskin seguidor».  
«¡No me importa quién la haya diseñado  
ni a quién seguir quisiera!  
Vista como se vea, es un dechado  
de imperfecciones claro y manifiesto,  
a fe de trasgo honrado.  
¡Estos buenos cigarros no mereces!  
¿A cuánto es la docena?».  
«De discreción es claro que careces  
—gruñí—. Te estás tomando tal confianza  
que mi primo pareces.  
Eso es algo que yo no te permito,  
y así te lo declaro».  
«¡Ajá! —repuso—. ¿Haciéndote el gallito?  
—y una botella asíó—. Verás qué pronto  
tu orgullo finiquito».  
Apuntó entonces con precisión tal,  
diciendo «¡Allá va!» alegre,  
que, aunque quise agacharme, lo hice mal,  
y la botella terminó alcanzando  
mi apéndice nasal.  
No me queda ningún conocimiento

de lo que allí pasó.

En el suelo me vi tomando asiento,  
repitiendo: «Aunque treinta y diez son veinte,  
diez y treinta son ciento».

De lo que ocurrió luego nada sé.

Solamente recuerdo  
que, cuando ya el sentido recobré,  
se extinguía la lumbre, y casi estaba  
apagado el quinqué.

Como cuando entre brumas escudriño,  
vi una Cosa sonriente,  
y apercibí que estaba, con un guiño,  
dándome una lección de Biografía,  
como si hablase a un niño.

## **Canto IV**

### **Su crianza**

«Cuando yo era un fantasma pequeñito,  
¡qué bien nos lo pasábamos!  
Cada cual en su puesto favorito  
comía su tostada bien untada  
con voraz apetito».

«Ese cuento —exclamé— sabes que ha sido  
impreso, no lo niegues:  
más que la Guía Bradshaw es conocido».  
(El trasgo replicóme, un tanto incómodo,  
que no era tan sabido).

«Si pienso en ello, en mi recuerdo asoma

esta canción de cuna:

“Tuvo cinco gnomitos una gnoma,  
y a los cinco gnomitos los criaba  
encima de una loma”.

Tengo guardado el libro por aquí»  
(y me acerqué al estante).

«Déjalo —dijo—; es cosa baladí.

Ahora la recuerdo claramente:  
yo mismo la escribí.

En un papel mensual apareció,  
o eso dijo mi agente.

Cierto editor famoso que la vio  
pensó que se adaptaba a su revista,  
y allí la publicó.

Mi padre era un nubero muy decente.

Mi madre, que era un hada,  
consideró que cada descendiente  
sería más feliz si se educara  
de modo diferente.

Pronto esta idea derivó en manía,  
y así a cada retoño  
quiso llevar por diferente vía.

Uno fue un gnomo, dos salieron hadas,  
luego un mengue venía.

Fueron al cole el trol y el trastolillo,  
y dieron mucha guerra.

Vinieron luego un gul y un martinillo  
y (excepción a la regla) dos cermeños,  
un xas y un frailecillo.

(Si es rapé lo que ahí guardas, como espero,

—añadió bostezando—,  
tomaré un poco); luego un meniñero,  
seguido de un fantasma: servidor,  
y un duende zapatero.

Un día a unos espectros vi llegar  
de visita (de blanco,  
como siempre); salí a verlos entrar.  
Quedé absorto mirándolos: ¡su aspecto  
era tan singular!

¿De dónde habría salido aquella gente,  
toda cabeza y sábanas?

Mi madre me riñó severamente:  
“Un fantasma cortés a un invitado  
no mira fijamente”.

A menudo lamento haber nacido  
fantasma en vez de espectro  
—suspiró—. Eso carece de sentido.  
Son nuestra aristocracia, y su desprecio  
tenemos asumido.

Pronto empecé mi vida fantasmal.

Cuando cumplí seis años  
me fui con otro trasgo más cabal,  
y me lo pasé en grande y aprendí  
de trucos un costal.

He perpetrado mi espectral faena  
en torres y castillos,  
y horas he aullado como un alma en pena,  
calado hasta los huesos por la lluvia,  
encima de una almena.

Gruñir se considera ya anticuado

cuando a hablar empezamos.

Este es ahora el tono más llevado  
—y aquí lanzó un chillido tan tremendo  
que me dejó aterrado—.

Puede que en tu opinión de diletante  
te parezca sencillo.

¡Intenta dar un grito semejante!

A mí cerca de un año me ha supuesto  
de práctica constante.

Y, amigo, cuando aprendas a chillar  
con un doble sollozo,  
verás que otra vez tienes que empezar.

Intenta farfullar, si te es posible.

¡Eso sí que es penar!

Yo lo he intentado, y declararte puedo  
que, aunque de noche y día  
lo practicaras con total denuedo,  
no siendo un genio, sólo lograrías  
un pálido remedo.

En las obras de Shakespeare se citaban  
espíritus antiguos  
que “en las calles de Roma farfullaban”,  
si recuerdas, con sábanas vestidos.

¡Seguro que se helaban!

Me he gastado diez libras con frecuencia  
en vestirme de doble,  
mas, aunque así realzo mi presencia,  
no he alcanzado con ello resultados  
que abonen su excelencia.

Pronto llegó a costarme un gran tesoro

colmar mi sed de bromas.  
Y es que hacer el fantasma sin desdoro  
requiere tanto equipo y tantos trastos  
que hay que nadar en oro.  
Debes tener, si en un torreón faenas:  
un cráneo y una sábana,  
luces para quemar en las almenas,  
lentes condensadoras muy potentes  
y un juego de cadenas.  
Añade lo que tienes que alquilar,  
y probarte la túnica,  
los fuegos de colores ensayar,  
¡tantas y tantas cosas que podrían  
al santo Job hartar!  
¡Y el Comité se muestra tan obtuso  
de Casas Encantadas!  
¿Pues no monta un escándalo si es ruso  
o francés un espíritu, y a veces  
si es de la City incluso?  
Con ciertos dialectos no transige,  
entre ellos el de Irlanda;  
luego, por tantas cosas como exige,  
te da sólo una libra por semana  
y en coco va y te erige».

## **Canto V**

### **Altercados**

«¿A las Víctimas, pues, no se consulta?

Tienen derecho —dije—,  
ya que su gusto muy dispar resulta,  
y aún más en lo que toca de los tragos  
a la amplia turbamulta».

El trago denegó con un mohín.  
«¿Consultarlas? ¡Ni hablar!  
Satisfacer siquiera a un pequeñín  
sería una tarea demencial  
y no tendría fin».

«Es claro que no puede darse opción  
de elegir a los niños.  
Con todo, a un hombre de mi condición,  
creo que bien dejársele podría  
exponer su opinión».

«Dar gusto a todos —dijo—, ¡qué locura!  
La gente es caprichosa.  
Nuestra visita un solo día dura,  
y luego nos quedamos o nos vamos,  
según la coyuntura.  
Y, aunque no se consulta al anfitrión  
antes de hacer las cosas,  
si el trago a desertar muestra afición,  
o tiene malos modos, aquél puede  
lograr su mutación.  
Pero si el anfitrión se te asemeja,  
es decir, si es sensato,  
y si la casa es un poquito vieja...».

«¿No crees —dije— que esa observación  
de este tema se aleja?».

«Un hogar a estrenar no es apropiado.

¡Cuesta tanto ajustarlo!

Pero, a los veinte años de estrenado,  
los frisos se desgastan: cuatro lustros  
es límite adecuado».

«Lo de “ajustar” encuentro singular,  
usado en tal contexto.

¿Acaso me podrías explicar  
qué es —dije— exactamente lo que entiendes  
por eso de “ajustar”?».

«Quiere decir las puertas aflojar  
—dijo el trasgo riendo—  
y zócalos y suelos taladrar  
por mil sitios distintos, de manera  
que el aire pueda entrar.

A veces perforar es suficiente  
uno o dos agujeros

para dar paso al vendaval rugiente.

¡Pero aquí sí que habrá mucho trabajo!».

Murmuré: «¡Ciertamente!

Si un poquito más tarde hubiera vuelto

—dije, intentando en vano  
sonreír—, siendo tú tan desenvuelto,  
con tu afán de ajustar y embellecer,

¡qué no habrías revuelto!».

«¡Qué va! —dijo—. Tal vez debí esperarte  
un par de minutillos.

Mas no podía dar curso a mi arte,  
siendo cual soy un trasgo bien nacido,  
sin antes saludarte.

Lo más correcto, vista tu demora,

hubiera sido irme,  
pero, con una noche tan traidora,  
me dio el fantasmaestre su permiso  
de esperar media hora».

«¿Fantasmaestre?»: pregunté. Respuesta  
no obtuve, y en vez de ello.

«Una de dos —me dijo—: o no se acuesta  
el que al fantasmaestre no conoce,  
o nunca se indigesta.  
Va por ahí sentándose en la gente  
que cena demasiado,  
y pellizca y estruja a su durmiente  
hasta asfixiarlo casi». Aquí repuse:  
«¡Bien le está que reviente!».

«Los que una ración cenan abundante  
de huevos con tocino,  
queso a la plancha, pato y bogavante,  
un estrujón reciben como premio  
que es cosa impresionante.  
Por ser gordo y rollizo en demasía,  
su oficio bien le pega,  
pues de su talla el mote le venía:  
solíamos llamarle hace algún tiempo  
Maestre y Compañía.  
El día en que maestre lo eligieron,  
bien sé que todo espíritu  
quiso elegirme a mí; no se atrevieron  
cuando tan excitado, tan frenético  
y furioso lo vieron.  
De su triunfo el lance extraordinario

corrió a contarle al rey,  
pero, siendo de esbelto lo contrario,  
aquello de trotar un par de millas  
le resultó un calvario.  
Viéndole tan fantasma y tan cansado  
(pesaba doce arrobas  
y el sol cual horno el aire había inflamado),  
fantasmaestre lo nombró al momento el rey,  
regocijado».

«No sé si fue una decisión certera  
—le repliqué indignado—.

Fue una humorada, y Johnson asevera  
que alguien que hace humoradas muy bien puede  
robar una cartera».

«Alguien y un rey no son la misma cosa»,  
respondió. Largo rato  
luché por ver mi tesis victoriosa,  
mientras él escuchábame con una  
sonrisa desdeñosa.

Por fin, ya sin aliento e impaciente,  
eché mano a un cigarro.

«Tu objetivo —me dijo— es excelente,  
pero cuando lo llamas argumento  
es necio e improcedente».

Por su fría mirada de serpiente  
picado, le repuse:

«¡Yo desafío al más indiferente  
a negar que la unión hace la fuerza,  
cosa que es evidente!».

«Atiende —respondió—, si no te enfada.

(Le escuché humildemente).  
Tienes razón: la cosa está probada.  
La unión hace la fuerza, pero, en cambio,  
la unción no unce nada».

## **Canto VI**

### **Desconcierto**

Como quien remontar quiere un otero  
al que nadie ha subido  
y, conforme ascendiendo va el sendero,  
juzga su empeño menos admirable  
y menos placentero;  
pero, habiendo iniciado la escalada,  
no se atreve a volverse,  
y en ascendiendo fija la mirada  
en una humilde choza de la cima  
que le brinda posada;  
y sube hasta que cada movimiento  
le arranca mil jadeos,  
volviendo su lenguaje más violento  
conforme va empinándose la cuesta,  
aunque mengüe su aliento;  
y que, al llegar exhausto a la posada  
que corona el sendero,  
con paso incierto cruza al fin la entrada,  
y un bofetón recibe que lo tumba  
con atroz costalada;  
y se ve resbalar ladera abajo,

igual que si soñara,  
cual peso muerto que de tajo en tajo  
cae de cabeza raudo hasta que al cabo  
llega al punto más bajo:  
así me ocurrió a mí, tan empeñado  
en convencer a un trasgo,  
y hallé muy diferente mi altercado  
de un debate entre humanos, mas no quise  
darme por derrotado.

Antes, con la animosa persistencia  
que me daba mi empeño,  
me esforcé en demostrarle la evidencia  
de todos mis asertos, formulándolos  
en forma de sentencia.

Poniendo en cada frase lo primero  
un «por lo tanto» o un «porque»,  
devané ciegamente mi sendero  
por aquel laberinto silogístico,  
sin ver mi paradero.

«Es —dijo— una bobada manifiesta.

Deja ya de ufanarte.

Anda, sé bueno y échate una siesta.

Nunca antes vi mortal con una charla  
tan necia y tan molesta.

Me recuerdas a un hombre muy huraño  
que, estando discutiendo,  
vio al calor de su furia humear el paño  
de entrambas sus sufridas zapatillas».

Le repliqué: «¡Qué extraño!».

«Sí, reconozco que era extraño el hombre,

y que suena a mentira,  
pero es verdad —repuso—, aunque te asombre.

Tan cierto es como que Tibbs te llamas».

Dije: «No es Tibbs mi nombre».

«¡No es Tibbs!», exclamó en tono muy inquieto  
y algo menos cordial.

«Pues no. Mi nombre auténtico y completo  
es Tibbets». «¡Tibbets!». «Eso exactamente».

«¡ERES OTRO SUJETO!».

Y dio un golpe en la mesa que rompió  
la mitad de los vasos.

«¿Y ahora es cuando lo dices? ¿Es que no  
lo has podido decir hace una hora?

¡Mayor asno quién vio!

Cuatro millas andar con lluvia y lodo,  
aguantar mil sarcasmos,

para al fin ver que ha sido inútil todo  
y que habré de empezar desde el principio:

¡Así sí que no hay modo!

¡Chitón! —me dijo al ver que un alegato  
balbucir intentaba—.

¿Cómo aguantar aún más a un insensato  
que menos muestras da de discreción

que un ganso mentecato?

¡Tenerme atado aquí cual galeote,  
en lugar de decirme

que no era ésta la casa! ¡Vaya un zote!

Anda, vete a la cama, no te quedes  
ahí cual pasmarote».

«Es muy fácil hacerte el inocente

y echarme a mí la culpa.

¿Por qué no te informaste diligente  
acerca de mi nombre cuando entraste?

—repliqué contundente—.

Entiendo te moleste como exceso

venir desde tan lejos,

pero ¿qué tengo yo que ver con eso?».».

«Bueno, bueno —repuso—; ese argumento  
no carece de peso.

Debo reconocer que me has brindado  
muy buen vino y viandas.

Perdona si violento me he mostrado,  
que lances como éste a uno lo dejan  
un tanto desquiciado.

Mía es la culpa, y tienes tú razón.

¡Perdóname, chorlito!».».

No me agradó en exceso la expresión,  
mas la pasé por alto, al parecerme  
amable su intención.

«¡Adiós, chorlito, adiós! A lo mejor,  
después de haberme ido,

te envían a un espíritu inferior  
que arruinará tus siestas más profundas,  
llenándote de horror.

Dile que no consientes que haga el pillo.

Si va y se carcajea

y mira de soslayo, un garrotillo  
macizo y duro agarra, y con él dale  
un golpe en el nudillo.

Y déjale caer: “¡Eh, marrullero!

Tal vez no te des cuenta  
de que si no enderezas el sendero,  
pronto irán tus risitas a otro son.  
¡Así que pon esmero!».  
Este es el mejor modo de curar  
a un trasgo de esa casta.  
¡Válgame Dios! ¡Empieza a clarear!  
¡Adiós, chorlito, adiós!»». Me hizo un saludo  
y no le vi marchar.

## Canto VII

### Triste recuerdo

«¿Qué es esto? —preguntéme—. ¿Habré soñado?  
¿O habré estado bebiendo?».  
Mas pronto me sentí más animado  
y, tras sentarme, cerca de una hora  
lloré desconsolado.  
«¿Por qué se tuvo que ir con tanta urgencia?  
—sollocé—. ¿Qué pretende  
privándome sin más de su presencia?  
¿Y quién es ese Tibbs para así darle  
sobre mí preferencia?  
Si Tibbs se me asemeja en algún grado,  
es posible —me dije—  
que no se sienta muy alborozado  
de que a las tres y media lo visiten,  
estando ya acostado.  
Y si el trasgo se pone muy cargante

con gritos y otras cosas,  
como hacía en mi casa hace un instante,  
predigo yo que habrá una buena gresca  
y Tibbs saldrá triunfante».

Luego, al ver que mi llanto no podía  
al amistoso trasgo  
devolverme, pensé que más valía  
otra copa servirme, y entoné  
la siguiente elegía:

¿Te has ido tú, mi fantasmilla amado,  
mi familiar querido?

Adiós, entonces, a mi pato asado,  
adiós a mis cigarros y a mi pipa,  
a mi té y pan tostado.

Cobra mi vida un tinte desvaído  
y pierde su sabor  
al ver, cautivador, que te me has ido,  
tronco del alma o, dicho de otro modo,  
cilindro bienquerido.

Aquí di abrupto fin a aquel intento  
de pasar a otra estrofa.

Después de tan espléndido lamento,  
me pareció que habría sido absurdo  
darle más incremento.

Con un bostezo encaminé mi vía  
hacia el lecho anhelado.

Soñando estuve hasta romper el día  
con elfos, hadas, duendes y mil otros  
seres de fantasía.

No he vuelto a ver, y bien lo sabe Dios,

al más mínimo espíritu,  
mas suena aún de mi nostalgia en pos  
aquella grata voz de despedida:  
«Adiós, chorlito, adiós».

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)